

RAFAEL AZCONA

Los ilusos

NOTA A LA SEGUNDA EDICIÓN

(2008)

Los ilusos se publicó por primera vez en 1958, hace ahora medio siglo. Cuando a finales de la primavera de 2007 le pedí a Rafael Azcona que me permitiese reeditar dos de sus obras, puso como condición poder revisar esta novela. Pasaron los meses y la noticia de su enfermedad se fue extendiendo. Se sabía, no obstante, que el tiempo de su reclusión forzada lo estaba empleando en *Los ilusos*. A principios de ese año me anticipaba sus avances con la nueva redacción y me decía: «Estoy seguro de que de esta versión no me avergüenzo». El día 14 de marzo me enviaba el texto definitivo. Estaba datado en «Madrid, marzo 2008». Rafael Azcona moría nueve días más tarde. Este libro es, pues, una especie de milagro.

EDUARDO RIESTRA

El tren entró en la estación del Norte y Paco, con la maleta en la mano, cerró los ojos: *Ahora, a no acoquinarse. Salgo, hay una fila de taxis, son negros, llevan una raya roja, tomo uno que lleve sobre el parabrisas una lucecita verde. «José Antonio, esquina Silva», le digo al taxista.*

Abrió los ojos y saltó al andén. Menos mal que su amigo Adolfo había estudiado en Madrid; sin su asesoramiento se hubiera sentido perdido, sin saber cómo entrarle a su nueva vida. *La dueña de la pensión se llama doña Rosita y agradece mucho que se le diga que el nene, su nieto, está guapísimo aunque le hayan quitado un riñón.*

No oyó el estrépito que llenaba los andenes hasta que estuvo en la puerta de salida; al advertirlo, cayó en la cuenta de que ni había visto la estación, y se volvió para echarle una ojeada: *Igual que la de Pamplona, se guaseó.*

Afuera le esperaba la noche, tachonada de resplandores amarillentos; alguien, adelantándosele, le golpeó las piernas con una maleta:

—¡Taxi! ¡Taxi!

—¡Eh, taxi!

Aprendió con una rapidez que le hizo sentirse mejor y su voz le sonó muy natural al decirle al taxista:

—José Antonio, esquina Silva.

—Sí, señor.

Adolfo le hablaba de nuevo al oído: *Te llamará señor todo el mundo: los taxistas, los camareros, los limpiabotas, los porteros, los serenos. Y apenas conozcan tu nombre, te darán el don. Qué diferencia; en Pamplona le llamaban de tú hasta los pobres de pedir limosna y era Paco a secas incluso para el cartero, aunque en los sobres dije-*

ra: «Sr. Dn. Francisco...». Lo malo iba a ser lo de la comida; según Adolfo, en la pensión de doña Rosita daban mucha albóndiga de carne de caballo, y él no podía ni siquiera con las albóndigas de su tía —cerdo y ternera en cantidades debidamente proporcionadas— desde que siendo un niño encontró un moscardón anidado en una de ellas; todavía sentía en la lengua el azul del insecto. *Pero me las comeré aunque sean de caballo de pica despanzurrido en la plaza de toros; no he venido a Madrid a hacerle ascos ni a las albóndigas ni a nada.*

Y allí estaba Madrid, desfilando ante la ventanilla. Reconoció el edificio España, todavía en obras, visto en el nudo montones de veces, y aunque no pudo distinguirlas, «supo» que las estatuas de don Quijote y Sancho se alzaban allí, ocultas por el arbolado de la plaza: al día siguiente iría a la Casa del Libro, Espasa Calpe, avenida de José Antonio, a comprar el Quijote de la Austral para leerlo de verdad, o sea, del principio al final y rumiando cada página; era una vergüenza no haberlo leído así, en serio, la culpa la tenían los curas del colegio, que le habían hecho odiar la obra inmortal a fuerza de usarla para los ejercicios de análisis gramatical.

El taxi había doblado a la derecha y aquello era la Gran Vía, menos amplia, menos luminosa y menos animada de lo que siempre la imaginó. Bueno, la gente estaría en los cines, se consoló, y recordó que, según Adolfo, la famosa calle vivía sus momentos más esplendorosos entre la salida de los cines y la entrada de las salas de fiestas: *Así, así, así de tías buenas*, apiñaba los dedos Adolfo, añorándola; según Adolfo, para entrar sin pagar en las salas de fiestas bastaba con llevar los zapatos limpios, la corbata bien anudada y echarle un poco de aplomo: *Saludas al portero, entras, haces como que buscas a alguien, te pegas a una columna y, hala, a ver piernas gratis*. Se revolvió en el asiento, fastidiado por la frivolidad del amigo: nada de piernas, a escribir, a luchar, a abrirse camino; los ocios los llenaría con visitas al Prado y las conferencias del Ateneo.

Miró por la ventanilla: el plano que llevaba en la cabeza ya se le había desdibujado, pero aquella debía ser la calle de San Bernardo,

la próxima tenía que ser Silva: *Te apeas en la esquina, que así el taxi da menos vueltas, cruzas la Gran Vía y sigues Silva arriba hasta la esquina con la Luna, la calle, no el satélite, y ya estás ante el portal de la pensión. Como ya te he dicho, hasta hace unos años doña Rosita tuvo allí casa de citas y por eso hay bidé en todas las habitaciones, con lo cual para mear no hay que salir al pasillo.* Adolfo, a lo de mear en la habitación, le concedía una gran importancia.

El frenazo le devolvió a la realidad.

—¿Cuánto?

El taxista dijo una cantidad que excedía en dos pesetas a la que marcaba el contador. *Será por la maleta*, supuso Paco, que pagó sin discutir y encima dio propina, porque Adolfo insistía mucho en que dar propina lo convertía a uno en un señor.

—Quédese con la vuelta.

—Muchas gracias, señor.

La calle, estrecha y oscura, olía a calamares fritos. Paco, con la maleta en la mano, levantó la cabeza en busca del número de la casa, y a su espalda oyó una voz atenerada:

—Buenas noches, señorito. ¿Pensión Torralba?

—Sí, sí.

—Más abajo. Cuarto izquierda.

Siguió al sereno, que buscaba entre sus llaves. Implacable mentor, Adolfo le recordó al oído: *Conviene tener contento al sereno. Aparte de que son confidentes de la policía, si te sale un plan te busca habitación en menos que se reza un credo. Dale una peseta.* El sereno abrió la puerta, encendió la luz del portal, recibió la peseta y se despidió con mucha educación:

—Muchas gracias, señorito, a descansar y hasta mañana si Dios quiere.

Unos rollizos y velados desnudos de mujer decoraban la vidriera que daba paso al arranque de la escalera, en los rellanos se espesaba el olor de los cubos de basura, la maleta le pesaba más y más a medida que ascendía: *Soy un asténico, qué le vamos a hacer*, se

dijo, encantado de la vida, porque la astenia le parecía la condición propia del artista y del escritor: la atlética solo servía para cortar troncos y levantar piedras y la pícnica para morir del corazón.

Arriba sonó un portazo y en los escalones repiquetearon unos zapatos de mujer:

—¡Buenas noches!

La muchacha había cantado el saludo al pasar a su lado. Tenía cara de niña, vestía de negro y estaba estupenda. ¿Bajaría de la pensión? Demasiada suerte, seguro que viviría en el tercero. Con lo bonita y lo simpática que parecía y él no había correspondido a su saludo. La timidez le iba a amargar la vida: *En Madrid hay que echarse para adelante. Si no, no te comes una rosca*, le repetía Adolfo. Que, por cierto, de aquella chica, cosa rara, no le había hablado nunca.

La puerta del cuarto piso lucía una placa de hierro esmaltado debajo de un Corazón de Jesús:

PENSIÓN TORRALBA

Paco dejó la maleta en el suelo y tocó el timbre con los ojos fijos en el botón: *Si esa chica vive en la pensión* —pensó, esperando—, *pondrá el dedo aquí todos los días*.

—Buenas noches. —El cuarentón que le abrió la puerta, calvo, narigudo, en chaqueta de pijama y pantalón de pana, le sonreía con una dentadura de animal de presa—: ¿Don Francisco?

—Sí, sí.

—Soy Luis, el marido de doña Rosita. —Se hizo cargo de la maleta y le hizo pasar al recibidor—. Ya recibimos el telegrama de don Adolfo. ¿Qué hace don Adolfo? Nos acordamos mucho de él.

A Luis le colgaban por detrás los tirantes del pantalón. Según el informe confidencial de Adolfo, aquel sujeto era el querido de doña Rosita; un día había acudido como fontanero a reparar una fuga de agua, hizo alguna frase de doble sentido a cuenta del soquete, doña Rosita se le despechugó y Luis ya no volvió a la fonta-

nería ni para devolver el soplete. Del oscuro pasillo pasaron a un comedor; a la luz de una lámpara de tulipas un hombre joven tenía clavados los codos en el hule de la mesa.

—Buenas noches —saludó Paco.

El lector ni siquiera levantó la cabeza y Luis bajó la voz para justificar la aparente descortesía:

—Oposiciones a Hacienda, una cosa difícilísima. Por aquí.

—Del comedor salieron a otro pasillo—. Mi señora ya está acostada, pero si quiere cenar algo...

—No, gracias. He tomado un bocadillo en el tren.

—Colosal. —Luis abrió una puerta—. Esta es su habitación, con balcón a la calle y toda la pesca.

En una de las dos camas rasgueaba una guitarra un muchacho en calzoncillos y camiseta.

—Don Lucas, mire, aquí don Francisco, el pamplonica.

Lucas le ofreció la mano, confianzudo:

—Hombre, como el chorizo...

—Encantado.

Luis dejó la maleta sobre la cama libre y le advirtió desde la puerta:

—Voy a traerle la hojita. Para la policía, digo. No corre prisa, pero así no se olvida. ¿Le apetece un vaso de leche?

—No, no, gracias.

Al quedarse a solas, Lucas se interesó:

—¿Estudiante?

—No. Vengo a trabajar.

—Pues nada. —El guitarrista hizo un acorde—: A ver si nos entendemos.

Reapareció Luis con un papel y una llave en la mano:

—La hoja. Y la llave del piso. La hoja me la llena y la llave no me la pierda.

—Descuide.

—El baño, según sale, a la izquierda.

—Muchas gracias.

—Pues, hala, hasta mañana.

Paco dejó la llave y la hoja sobre la mesilla encajada entre las camas, sacó de la maleta sus camisas, abrió el armario de luna y se quedó indeciso con ellas en las manos: el armario tenía el aspecto de un cuarto trastero.

—Mañana te hago sitio —le prometió su compañero de habitación—. ¿Te molestas si sigo? Estoy practicando.

—Suerte que tienes. Yo empecé con la bandurria, pero la dejé por el oído, un cerrojo.

—A mí la música, ni fu ni fa. —Lucas hizo un gesto hacia la capa llena de cintas que colgaba de un perchero—. Pero con la tuna se folla mucho.

—Ah, ya.

Paco devolvió su ropa a la maleta, sacó la estilográfica y se dispuso a cumplimentar la hoja para la policía: «Francisco Durán Ruiz... Pamplona... 18 noviembre 1930... Soltero...». Al llegar a la casilla de la profesión, pensó que lo lógico sería escribir «contable», pues con la contabilidad se ganaba la vida, pero en un arranque puso «escritor», porque para serlo se había venido a Madrid. *Y además me voy a hacer unas tarjetas*, se dijo, moviendo la hoja en el aire para secar la tinta, *cuanto antes me quite la modestia de encima, mejor*.

El de la guitarra, que tarareaba «Clavelitos», interrumpió el ensayo:

—¿Sabes jugar al mus?

—No.

—Podríamos pasar a la habitación de los gallegos y echar una partida.

—Es que no sé. Además, estarán durmiendo.

—Pero se despiertan rápido. ¿Te enseño?

A Paco, en Pamplona, le había querido enseñar a jugar al mus todo el mundo:

—No. Soy muy torpe para las cartas, de verdad.

—Pues me voy a dormir.

—Hasta mañana.

Mientras se desnudaba, Paco decidió que, apenas se hiciera las tarjetas, le daría una a la chica de la escalera; siempre que se alojara en la pensión, claro.

—Perdona...

Lucas giró la cabeza:

—¿Qué pasa?

—Oye, ¿vive aquí una chica muy mona, morena, chatilla, que...?

—¿Con un culo de aquí te espero? Lupita. Abajo, en el tercero.

Un pendón desorejado.

—¿Un pendón?

—Alternas en Casablanca. Sesenta duros.

Paco recibió la información como si fuera un insulto y la puso en duda, sarcástico:

—¿Tú te la has tirado?

—Lucas Calabuig Rodríguez no tiene que pagar para llevarse a una tía a la cama.

Francisco Durán Ruiz decidió que el llamado Lucas Calabuig Rodríguez era un imbécil y se puso el pijama con la intención de no dirigirle más la palabra. Pero pensó en voz alta:

—No tiene pinta de eso.

—Con ese aire da mejor el pego. —Lucas se había levantado y orinaba torrencialmente en el bidé—. ¿O qué quieres, que lleve un cartel?

—¿Cómo dices que se llama?

—Lupita. Tiene un nene cabezón y vive con su madre, que está medio ida, y con su abuela, que está ida del todo. Tenía un novio con coche, un jerarca que siempre llevaba una caja de Montecristos bajo el brazo. La dejó embarazada, ella parió y, lo lógico: a Casablanca. Bueno, también podía haberle dado por fregar suelos, pero no: ¡a Casablanca!

Lo de «Casablanca» lo escupía, como si odiara aquel local, y Paco se inventó la novela: *Lucas intenta seducir a la chica sin pagar, claro, pero ella no se deja; Lucas siente celos de los clientes de la sala de fiestas que se la tiran pagando, y este cataplasma, que le escupe a los pies cuando se la encuentra en las escaleras, luego se masturba a su salud.*

—¿Y el niño?

—¿Qué niño? —Lucas volvía del bidé a la cama oliéndose la mano dedo a dedo, intrigadísimo, la nariz pegada a los pulpejos.

—El hijo, el que le hizo el novio de los Montecristos.

—Ah. El nene, bien. Ya te digo, cabezón, pero bien. ¿Apago la luz?

—Apaga.

—Cosa rara —reflexionó Paco en la oscuridad.

—¿El qué?

—Según Adolfo, el amigo que me recomendó esta pensión, en Madrid hay montones de tías que se echan a la vida para comprarse zapatos, trajes, bolsos, sostenes, perfumes, esmalte para las uñas... Ya sabes, todo eso. Pero de Lupita no me dijo ni pío.

—Ese amigo tuyo, ¿cuándo vivió aquí?

—Hace un par de años.

—O sea, antes de que Lupita viniera al piso de abajo.

—Será eso, claro. Bueno, hasta mañana.

—Si Dios quiere.

Paco se dio la vuelta en la cama, extrañando el colchón: *No, si esta noche no duermo, seguro. ¿Y si deshago la maleta? Pero, ¿dónde dejo la ropa, si no la puedo meter en el armario?*

—¿Cómo has dicho que te llamas? —Oyó la voz de Lucas envuelta en un bostezo.

—Francisco. Paco.

Lucas encendió la luz y Paco volvió la cabeza.

—¿A ti te gusta?

—¿Quién?

—Lupita, coño.

—Hombre...

—Nada. Prepara los sesenta duros, que yo te la presento. Aquí no la puedes subir, porque para estas cosas doña Rosita es una beata de mucho cuidado desde que se hizo decente. Pero puedes bajar a su piso.

—¿Y la madre?

Lucas apagó la luz:

—¿No te he dicho que está loca?

Está claro: Madrid es Madrid. Aquí estoy, alojado en una pensión dotada de la gran comodidad que supone el bidé al pie de la cama, y con una hermosura a mi disposición en el piso de abajo previo pago de sesenta duros. En cambio, en Pamplona las pensiones solo tienen inodoro, y en el piso de abajo vive un canónigo, como en la casa de mis tíos que, por cierto, no han tenido hijos por miedo a pecar contra el sexto...

Los vio en la oscuridad, sentados en la cocina ante la silla vacía, el tío Amiano con su reuma y la tía Pilar con su asma, y se le encogió el corazón: ¿no habría procedido mal dejándolos solos? Pero, ¿y su vocación? Iría a verlos en Navidad y en el verano, y apenas ganara dinero les haría un giro.

¿Y Lupita? Pensando en ella, y en su niño, el cabezón, pensó en su propia madre, muerta al darlo a luz, y en el miserable que la sedujo y luego la abandonó. De Pamplona Paco se había venido a Madrid pasando por Burgos para verle la cara por primera vez a aquel extraño. Se la vio en la caja de su pastelería, la cara de un hombre taciturno, con lentes de montura dorada en la punta de la nariz y con demasiados anillos en los dedos, cuando le cobró la ensaimada: con ella en la mano lo miró a los ojos y, cuando aquel pastelero que era su padre los alzó, intrigado, Paco dejó caer el bollo al suelo y salió a la calle sin decir ni una palabra.

Entre las sábanas —las sábanas de doña Rosita olían levemente a lejía— le aguardaba un sueño inesperado y muy gratificante: Lupita, asomada al balcón del piso de abajo, le echaba sesenta duros a Lucas, director de una estudiantina que le cantaba «Claveli-

tos», pero a quien miraba, a quien sonreía, era a Paco, que sacudía una pandereta golpeándosela contra los codos.